

# Omnia vanitas

A CONTRAPELO

SANTIAGO GONZÁLEZ

El director de este periódico es un hombre vanidoso al decir de quien fue presidente del Gobierno **Felipe González Márquez**. «Tan vanidoso», tasaba en *Marie Claire*, «que cree que [yo] vivía preocupado por él».

Hay que anotar en descargo de **Pedro J.** que haberse convertido en la obsesión de un presidente 15 años más allá de su vida política es una razón suficiente para tener el ego algo subido. Yo, al menos, lo tendría. Eso no le pasaba a **Peter Lorre** en Casablanca, cuando

preguntaba a **Humphrey Bogart**: «Me desprecias, ¿verdad, Rick?», a lo que éste respondía: «Probablemente, si pensara alguna vez en ti».

No es el caso desde que se encaró con el entonces director de *Diario 16* para advertirle: «Lo que estáis publicando sobre los GAL es terrible...». Seguramente él había querido decir: «Es terrible que estéis publicando lo de los GAL», pero la expresión era correcta. ¿Cómo no iba a ser terrible un asunto que acabó con un ministro y un secretario de Estado de Seguridad condenados por el secuestro de Segundo Marey y malversación de caudales públicos? Nadie podría discutirle la razón a González Márquez: era terrible. Lamentablemente, también era verdad. No sé

si el presidente vivía preocupado por el periodista, pero cruzarse el nombre de Pedro J. Ramírez en la conversación y ponerse boquirrubio era todo uno: un amoral, un canalla, qué digo canalla, debo pedir perdón a los canallas, prensa amarilla, ese desvergonzado, el sindicato del crimen. Salir del Gobierno no mejoró sus maneras. En plena línea descendente ensayó entonces la injuria por la vía de los derivados infamantes de los nombres, mediante rasgos de ingenio como llamar «El inmundo» a este diario y *el Pedro Jeta* a su director. Y en este plan, que diría el maestro **Umbral**, uno de los integrantes del sindicato del crimen.

Hay una inquina perseverante, un rencor tenaz e inextinguible que continúan cuando él ha dejado de ser alguien y las hemerotecas siguen ahí, para recordar que todo eran hechos, evidencias que fueron cayendo una

tras otra. Uno recuerda aún aquellas brillantes intervenciones parlamentarias en las que zurraba la badana a **Carrillo** cada vez que éste pedía el Gobierno de concentración nacional, aquel plantarse frente a su partido en el XXVIII Congreso para llevarlo a la socialdemocracia, la imagen de aquel presidente nuevo, que aún no había perdido el apresto, manteniendo el tipo dentro de su abrigo azul durante los funerales por el general **Lago Román**, en la Brunete. Todo fue a peor. La misma banda que ametralló al jefe de la división acorazada una semana después del apabullante triunfo socialista del 82, intentó asesinar a **Aznar** en el último año de la presidencia felipista, el 95. Ni siquiera se sintió obligado a llamar al jefe de la oposición. Dieciséis años después, qué pena, sigue recreándose en sus chistes baratos, perfeccionando en cada mitin el cadáver de su estilo.